

CONCLUSIONES

El presente estudio sobre el sistema financiero en Argentina muestra mediante hechos concretos la articulación de su ciclo económico a los circuitos monetarios financieros del mercado global. Por lo tanto, la política económica de Argentina es un claro ejemplo de la articulación del modelo económico con el sector externo. A lo largo de varios años, el sector agrario-exportador determinó la aplicación de las reformas económicas expresadas en los intereses del Estado. Los años transcurridos desde mediados de los cincuenta del siglo pasado muestran el agotamiento del modelo económico primario exportador y la necesidad de cambiar a un modelo de sustitución de importaciones. Modelo que, sin embargo, fue cancelado por la dictadura a partir de 1976. Los intereses que prevalecieron fueron los financieros.

Éstos se vieron concretados en las reformas de primera y segunda generación desde finales de los setenta hasta la crisis financiera de los ochenta. Posteriormente, la fractura del sistema financiero nacional tuvo su expresión en el periodo del menemismo-cavallismo que concluyó con la crisis económica y financiera del 2001. El tránsito a un régimen de acumulación financiera mediante los diferentes planes de estabilización (Plan Austral, Plan Primavera y el Plan Cavallo) manifestó el predominio del sector financiero sobre el sector productivo. La “dolarización” obligó a la política monetaria del BCRA a perder su objetivo central: el desarrollo económico de la nación. La

[151]

autonomía del banco central en el marco de la desregulación y liberalización financiera, tuvo como objetivo prioritario controlar la inflación, sin tomar en cuenta satisfacer la deuda social; es decir, el imperativo del desarrollo y el crecimiento económico como objetivo prioritario de política económica del país. La camisa de fuerza que impuso el banco central a la economía facilitó las privatizaciones de los sectores público y financiero.

El papel del banco central como actor importante en el régimen de acumulación financiera fue determinante a partir de su política monetaria restrictiva para controlar la inflación, desentendiéndose por completo de apoyar el crecimiento económico. Aunque se pretendía basar el financiamiento en finanzas públicas sanas, limitando el endeudamiento externo, los datos económicos demuestran lo contrario, pues en los años noventa el endeudamiento externo se duplicó. Las políticas monetaria y fiscal, lejos de contribuir al crecimiento económico, entraron en contradicción. Al liberalizar la cuenta de capital, los flujos de capital pudieron entrar y salir indiscriminadamente aumentando la volatilidad del mercado financiero nacional. La inestabilidad en la esfera financiera se hizo presente afectando la esfera productiva. Por otro lado, el tipo de cambio del peso argentino empezó a sobrevalorarse. Se suma, a ello, la devaluación de la moneda brasileña. Si bien Brasil es el socio comercial de Argentina, en más de 50%, al devaluarse la moneda brasileña y el peso argentino mantenerse sobrevaluado se encarecieron las exportaciones argentinas y se abarataron las importaciones brasileñas. Este proceso tuvo un efecto en la esfera productiva muy negativo; la desestructuración de las cadenas productivas y el desempleo masivo acompañado del empobrecimiento de la mayoría de la población.

La complejidad del sistema financiero internacional, la innovación de las redes financieras y la interrelación de los mer-

cados emergentes bajo el dominio del sector, transformaron los complejos sistemas de financiamiento al desarrollo en las esferas nacionales, registrándose profundas rupturas internas en las cadenas productivas y en la composición de los grupos sociales. La “dolarización”, proceso mediante el cual el peso argentino, la moneda nacional, se sometió a una moneda extranjera, estuvo acompañada no sólo de privatizaciones y de la liberalización de la cuenta de capital, sino también de la destrucción de las capacidades del gobierno. El fortalecimiento del sistema financiero no permitió un crecimiento económico dinámico y sustentable, donde el banco central no sólo controlara la inflación sino que también facilitara el crédito a tasas de interés moderadas. Los años noventa pasarán a la historia como la década de la ruptura de los sistemas financieros nacionales, la privatización y extranjerización de los sistemas bancarios y la integración de los circuitos monetarios nacionales de los mercados emergentes a los circuitos monetarios globales.

La lección que deja el análisis de la situación económica, política y social de Argentina es desgarradora tras el cambio del patrón de acumulación tradicional agroexportador, a un modelo económico insertado en el mercado internacional, donde impera el régimen de acumulación financiera. Para entender la esfera financiera, es importante profundizar en los cambios estructurales del sector productivo y en su relación con los diferentes grupos sociales que representan las fuerzas productivas; sin embargo, éste no es nuestro objetivo, aquí se estudian las asimetrías y fragilidades financieras que se agravaron con la errónea política de estabilización aplicada en Argentina, en el marco de una reforma financiera que siguió los lineamientos del FMI. Los planes de estabilización aplicados en Argentina desde los años ochenta hasta el Plan de Convertibilidad instaurado por el Consejo Monetario, muestran lo inconveniente que resulta

renunciar a la soberanía monetaria. Es un doble error plantear como únicos objetivos alcanzar el déficit fiscal cero y controlar la inflación, haciendo caso omiso de las necesidades de crecimiento económico y de creación de empleos.

Los procesos de privatización significaron la privatización del crédito y de su orientación. Nunca el dinero respondió a la rearticulación de las necesidades de los agentes económicos para financiar el crecimiento económico. Por una parte, había que cubrir el pago del servicio de la deuda externa; por otra, los grupos dominantes sacaron sus capitales del país, ante la vulnerabilidad e incertidumbre financiera del propio modelo económico.

Durante los 10 años de vigencia del Consejo Monetario argentino, aumentó la extranjerización del sector empresarial. Según datos de Sevares [2002: 161-174] en 1993-1998, cuando terminaron las privatizaciones, la fuga de capitales alcanzó un promedio anual de 10 600 millones de dólares y la deuda externa aumentó 13 500 millones al año. De acuerdo con los indicadores económicos (apéndice 1) en 1991-1999, la inversión directa sumó 66 295 millones de dólares y la inversión en cartera, 74 141 millones. Cabe destacar que en 1998, 90% de la deuda externa del sector privado, 105 151 millones de dólares, equivalía a los capitales de residentes argentinos en el exterior. Basualdo y Kulfas [2002] tratan ampliamente la relación entre endeudamiento externo, privatizaciones y fuga de capitales, por una parte, y los grupos económicos locales dominantes, por otra. Esta elite transfirió al exterior las utilidades por la venta de sus empresas y las participaciones accionarias resultado de las privatizaciones.

Pero no sólo fueron vendidas al extranjero las empresas privadas, también las públicas. El hecho de que el Estado hubiera permitido que los bancos locales se endeudaran con bancos ex-

tranjeros, sentó las bases de su posterior venta. Olmos [1995: 166] lista las 19 empresas públicas más representativas que contrataron préstamos con el extranjero y que posteriormente fueron privatizadas; entre ellas destacan: Yacimientos Petrolíferos Fiscales, Agua y Energía Eléctrica, Empresa Líneas Marítimas Argentinas (ELMA), Aerolíneas Argentinas, Ferrocarriles Argentinos, Empresa Nacional de Telecomunicaciones (ENTel), Servicios Eléctricos del Gran Buenos Aires (SEGBA), Gas del Estado, Fabricaciones Militares, Sindicatura de Empresas Públicas (Sigep) y de las Fuerzas Armadas.

Los procesos de privatización y la deuda externa del sector público están íntimamente relacionados. La lectura de este trabajo deja varias inquietudes. La primera de ellas es el acelerado crecimiento del endeudamiento externo en la década en que estuvo vigente el Plan de Convertibilidad; en segundo lugar, la muy estrecha relación entre las privatizaciones del sector financiero y los préstamos otorgados para llevarlas a cabo. Por último, el fracaso de las reformas financieras de primera y segunda generación en el marco del Consenso de Washington. Las tareas a futuro son: recuperar la soberanía monetaria, crear un banco central cuya prioridad sea el crecimiento económico y la equidad entre la población y realizar una verdadera reforma financiera que facilite el crédito a los diferentes actores económicos.

Las reflexiones que se pueden realizar al profundizar el estudio de las transformaciones financieras en el caso de Argentina se pueden expresar por medio de las diferentes mutaciones que tuvo la transformación de un modelo agrario-exportador a uno de sustitución de importaciones y posteriormente a un modelo cuyo eje principal fue financiero. Los cambios del sistema financiero regulado y nacional a un sistema con participación extranjera y abierta no necesariamente fueron el sendero del crecimiento económico sino la profundización de la crisis

rodeada de otros factores que ahondaron la credibilidad de la nación. El tránsito del 2001 al 2002 representó la lucha económica de los grupos económicos que se veían favorecidos por la política monetaria por mantener la convertibilidad del peso argentino con el dólar. Entre los que luchaban por seguir un modelo con pérdida de soberanía monetaria y quienes buscaban la moneda nacional como forma de propiciar nuevamente el crecimiento económico. El corralito de Cavallo y el final de la convertibilidad es un tema que va más allá de sujetar el peso argentino al dólar. Es la necesaria estabilidad monetaria y financiera para facilitar los negocios de los grandes grupos económicos nacionales e internacionales.

Indispensable fue construir un sistema financiero nacional sano, con limitada presencia de capital extranjero, que reorientara el crédito interno y cuyo objetivo fuera el crecimiento económico no basado en el financiamiento externo. Para lograr esto, se tuvo que luchar con los acreedores de la nación. Incluso los primeros pasos se dieron con el presidente Rodríguez Saá que sólo estuvo en el cargo una semana y posteriormente, la devaluación declarada por Duhalde. No hay duda, que el nombramiento de Lavagna fue clave en la administración de Duhalde y de Kirchner. Haberle manifestado al FMI “no al pago de la deuda externa” tuvo un significado importante para el control de las políticas monetaria y económica que permitió que Argentina fuera recobrando el crecimiento económico a partir de 2002 hasta el presente.

Hay varios libros, al cierre de este trabajo, de circulación reciente que hablan sobre la Argentina que se merecen los argentinos [Lavagna, 2007], de Levy y Valenzuela [2007], entre otros. Del primer autor es importante citar lo siguiente:

los desafíos del futuro pasan por consolidar el crecimiento y hacerlo sustentable en el futuro; enfrentar con dedicación prioritaria

la deuda social con los pobres y excluidos; y, por último, reparar en el deterioro institucional de los últimos años para iniciar un nuevo camino que lleve a una Argentina más democrática y plural. El argumento del “que se vayan todos” está todavía latente en la sociedad argentina [Levy y Valenzuela, 2007: 285].

De los otros autores es importante rescatar lo que significó en su opinión el pago de la deuda externa contratada con el FMI. Para ellos,

[...] la cancelación de la deuda implicaba dejar definitivamente atrás la crisis, el escarnio, el sentimiento de inferioridad, la condescendencia de los otros. De manera accidentada, acompañada por el descrédito y la desconfianza generalizada de propios y ajenos, la Argentina se había levantado de las cenizas de la crisis para llegar a una situación en la que podía plantearse seriamente un futuro sin más turbulencias financieras [Levy y Valenzuela, 2007: 323].

Por último, sólo resta por decir, que Argentina al igual que otros países del Cono Sur de América Latina, ha logrado ser autónomo en sus políticas económicas en beneficio de la deuda de sus mayorías. No obstante, sigue siendo el sector externo el determinante de las divisas que han logrado altas un monto grande de reservas monetarias provenientes de los elevados precios de exportación. El reto es hacia dónde deberán canalizarse esas reservas de acuerdo con la política de desarrollo planteada por el gobierno mediante sus políticas públicas. Y, ¿quién o quiénes se verán beneficiados por las reservas? ¿Siguen siendo los sectores dominantes los que puedan ser beneficiados por el *boom* del crecimiento económico? ¿Cuáles serán las próximas reformas económicas que posibiliten el crecimiento económico con equidad social? El *Boletín de Estabilidad Financiera* del Banco Central de la República Argentina [2008: 7] señala

que la política monetaria y financiera diseñada por el banco central está

[...]permitiendo hacer frente de manera exitosa el escenario internacional de mayor volatilidad, logrando sostener adecuados niveles de liquidez sistémicos y evitar así una eventual desaceleración de la expansión del financiamiento al sector privado que pudiera afectar negativamente al ritmo de expansión económica. En este contexto y hacia delante, si bien el sistema financiero muestra un mapa integral de riesgos con cambios menores, los niveles de solvencia lo ubican en una posición de mayor resistencia que en el pasado para enfrentar el escenario más complejo.

Efectivamente, el escenario del 2001 ha pasado a la historia pero su memoria sigue presente. Como ya se señaló, se requiere recaudar parte de las divisas obtenidas por los grandes grupos exportadores, para destinar al gasto social los recursos así obtenidos. Muchas son las preguntas que sólo se plantean para seguir profundizando en la política pública y en el futuro del sistema financiero de esta gran nación. Preguntas que en el transcurrir del sendero del crecimiento se irán respondiendo poco a poco.